



## **DOLOR Y PEAU-SIBILIDAD: RESISTENCIA DEL RECUERDO CORPÓREO<sup>1</sup>**

*Víctor Manuel Cruz\**

### **Resumen**

Se analizan algunos tópicos característicos del pensamiento de Jean-Luc Nancy sobre el cuerpo, en vista de las desapariciones de los detenidos en la dictadura en Chile y su estrecha relación con la lógica de la desaparición del campo nazi, como expresión máxima de una manifestación propiamente moderna e inmanente y en donde las osamentas de los desaparecidos representan la última resistencia a la borradura y al olvido.

**Descriptor:** Cuerpo-Detenido y Desaparecido-Resistencia-Memoria.

*Aprende tú a pensar con dolor.*

Maurice Blanchot.

### **Situación**

Todos sentimos dolor. Este sentir, podría aventurarme a decir, es desde ya nuestro modo de comunicarnos con nuestro cuerpo. El cuerpo dolido, doliente, es nuestra forma de figurarnos el cuerpo occidental/accidental<sup>2</sup>. Cuerpo accidentado, que duele en su forma.

Llamé dolor a este pequeño escrito, pero también me atreví con una palabra insolente: posibilidad como *peau-sibilidad*<sup>3</sup>, remedo atrevido de la formulación nancyana que aparece en el texto

---

<sup>1</sup> Texto modificado a partir de una ponencia presentada en el Coloquio Internacional *El cuerpo en sus variaciones*, realizado el año 2012, en el IDEA, Universidad de Santiago de Chile.

\* Licenciado y Profesor de Filosofía, Universidad de Playa Ancha. Email: victorcruztorres@gmail.com

<sup>2</sup> El juego “accidente/occidente”, hace gráfica la etimología propia de la cultura occidental: ese occidente proveniente del latín *occidens* que, a su vez, proviene de *occido*, cortar, desmenuzar, herir, matar (*se occidere* es, literalmente, suicidarse) y causar la muerte. De ahí la idea que se presenta en este texto: cuerpo de la cultura occidental es cuerpo de una cultura que se muere, se desmenuza, tópico clásico en la literatura crítica de Occidente: la cultura decadente, moribunda. Lo accidental es el evento, el acontecimiento específico en donde el cuerpo termina por desvanecerse.

<sup>3</sup> La palabra francesa “peau” significa literalmente “piel”. Lo que se intenta expresar con la palabra “peau-sibilidad” es un gesto morfológico en el léxico español con la palabra “posibilidad”, utilizando el sonido francés de la palabra “peau” que en español suena similar a “po”, de posibilidad. Este hecho ayuda a graficar la idea de que la piel es la



*Corpus*, específicamente en su apartado llamado “*Expeausition*” en donde por única vez, “ahí y sólo ahí” aparece esta expresión que, claro está, no existe en el francés y que Nancy utiliza para graficar en el texto impreso aquella idea suya de que los cuerpos están expuestos, unos con otros y à<sup>4</sup> otros, por la piel como tacto, contorno, cercanía y distancia.

Luego, en los dos puntos que separan lo que se asume como principal en el texto—esos dos puntos de respiro—se asoma la palabra resistencia de lo que llamo pretenciosamente “recuerdo corpóreo”. Una resistencia que ofrecen los cuerpos pero no cualquiera de ellos. El cuerpo del cual hablo y expongo es el cuerpo *detenido y desaparecido*. El cuerpo puesto en el sacrificio inmanente moderno tan característico de nuestro cercano siglo XX, donde se gestó la idea de llevar a cabo una autopresentación pura de un concepto, de una idea, en la inmediatez de su origen, sin un corte o pausa.

El cuerpo sitiado y situado que emerge en el límite de su resistencia en el hueso, en la osamenta de su anhelada desaparición.

Pretendo preliminarmente, es decir, tocando y palpando, exponer la resistencia de ese cuerpo excepcional desde el cuerpo sacrificado en los campos europeos de la guerra, como en los campos del Chile dictatorial, no como comparación, modo grosero, sino tropezando con *topías*, es decir, lugares y periplos habituales.

Esos cuerpos que resisten en el límite de su olvido y en la posibilidad de un recuerdo que los haga aparecer por medio de la piel, de nuestra piel que los recuerda y los recupera.

## Lógica.

---

“posibilidad” de esa memoria sensible, que resiste a la borratura del cuerpo físico. Sin duda, como se explicita, se hace referencia al concepto que Nancy utiliza para presentar su trabajo ontológico: la piel, el órgano más extenso del cuerpo, como la posibilidad de una ontología de los cuerpos.

<sup>4</sup> La referencia a la partícula francesa “à” tiene relación con un uso técnico que Jean-Luc Nancy hace de ella. Cito a Nancy: “La à en cuanto constitución de *ipseidad* no define en primer lugar ni un à-si-mismo ni un àl-otro, Ni el ‘sí mismo’ ni el ‘otro’ serían respetados en lo absoluto de su destello, cada vez propio, si no *vinieran* de infinitamente más lejos que de la posición, incluso del posicionamiento, que les sería conferido según las expresiones, en las que la ‘à’ se sobredetermina como adhesión, ocupación, captación, pertenencia, o al contrario, en proyección, arrebato, alienación”. *El sentido del mundo*, La Marca Editora, Bs. As., 2003, p. 128.

---



La política totalitaria, sabemos, operó desde el componente emotivo de las masas. La identidad y un sujeto portador de la misma fue la obra de la política total puesta en acción. Ahora bien, graficar un pensamiento totalitario y a su obra como un remedo extático de histeria y política sería, a lo menos, un malogrado intento por entenderlo.

El totalitarismo opera en base a conceptos. Su actuar se conjuga precisamente con ellos. *Weltanschauung*, Dios, Raza, Clase, Patria, Hombre. Conceptos reaccionarios, se dirá, pero conceptos de punta a cabo.

El imaginario totalitario se mueve, opera y actúa por medio de la violencia que impone su particular articulación sobre la masa de cuerpos dispuestos. Dicha violencia no es ni por mucho el ejercicio desbordado de una autoridad. Todo está en vistas de un control total, por tanto, la violencia política del actuar totalitario no es, como se ha presentado, *irracional*<sup>5</sup>. No es ese paréntesis histórico en la línea de progresión racional del hombre. Es más, podría decirse que es la racionalidad misma, puesta en obra.

Dicho esto, la represión como producto no podría ser el descontrol político de un aparato autoritario, y la muerte, como extremo de esta violencia, un accidente. Así como tampoco la desaparición de un cuerpo es magia.

Hay una lógica en la violencia. La conocemos: nazi, fascista, stalinista, franquista, pinochetista. Nancy y Lacoue-Labarthe hablan de una lógica del fascismo, que por supuesto, no es ajena a una lógica general de la racionalidad en la metafísica del sujeto.<sup>6</sup>

Nancy en *La comunidad Inoperante* expone que estamos obstinadamente sometidos a la idea reguladora, aquella idea donde los hombres pueden dar forma a todo: a la naturaleza, a la sociedad, a la humanidad.<sup>7</sup> Y ahí, en la certidumbre de esa idea, es que surge la necesidad de todo: todo es posible y necesario. Todo se hace para satisfacer la obra inmanente, cueste lo que cueste.

---

<sup>5</sup> Claramente vinculado al trabajo de Adorno y Horkheimer. Cfr. *Dialéctica de la Ilustración*, Ediciones Akal, Madrid, 2007.

<sup>6</sup> Nancy J.L., Lacoue-Labarthe, P., *El Mito Nazi*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2002, p. 22.

<sup>7</sup> Nancy J. L., *La Comunidad Inoperante*, LOM Ediciones, Santiago de Chile, 2002, p. 21.

---



La figura del campo de exterminio es el producto propio del pensamiento totalitario, inmanente. Agamben dice que “el campo es el lugar en el cual se hizo realidad, la más absoluta condición inhumana que jamás se haya dado sobre la tierra”<sup>8</sup>. Es ese espacio lejano o cercano al ruido, que opera silente con los cuerpos que sobran en la monumental obra a realizar.

Porque un pensamiento en aras de cumplirse, por medio de la modelación radical que permite el estado de excepción en la política, es un pensamiento inmanente, cerrado a-sí. Completo. Dispuesto para realizar la esencia que lo motiva, y dicho cumplimiento tiene un sujeto preciso. Sujeto que no deja ningún espacio sin colmar. Sujeto *ahiático*<sup>9</sup>, sujeto sin resto.

Tal sujeto como Sujeto, o como hombre totalitario, cree encarnar la clave de la historia revelada, presentada a-sí puramente para asumirla, de ahí que la logística del sujeto totalitario asume una tarea, un mandato emanado desde la Historia, desde la esencia que da sustento y sentido a su actuar, haciendo de éste el proceder mismo del mundo.

La tarea debe realizarla un cuerpo completo, cerrado, fuerte. *Hoc est enim corpus meum (Este es mi cuerpo)*, como reza la clave cristiana de la presencia que nos funda. Pareciera ser, precisamente, la frase que reúne y convoca al Occidente. Presentación novedosa del invento más propio de este lado accidental del mundo. Hablamos del cuerpo como aquello que da certeza del mundo que conocemos e interferimos. Este *hoc, éste* como un *HE AQUÍ* se quiere la más absoluta cosa presente en un aquí preciso. Conocemos este *Hoc est...* desde la figura fundante: el *Corpus Christi*. Cristo presenta su cuerpo, sacrificado, *su carne y su sangre*, como la certidumbre del mismo que nos invita a in-corporar.

El sacrificio es poner el cuerpo colmado, repleto en su presencia para ser ultrajado por la muerte que lo trae de vuelta, superado, sobrepasando la mera supervivencia. Tal es la imagen de lo que Nancy llama el sacrificio fundante, antiguo, ese sacrificio que se transfigura donde el cuerpo del sujeto se auto-sacrifica: “...el sacrificio es buscado, querido, reivindicado por el ser todo entero,

---

<sup>8</sup> Agamben, G. *¿Qué es un campo?*, traducción de Flavia Costa, en Revista *Artefactos* Nº2, Bs. As., 1998, p. 52.

<sup>9</sup> Este concepto se refiere a la caracterización que Nancy hace del sujeto moderno: un concepto de hombre que se presenta a sí mismo como completo, por tanto sin abertura, grieta, sin hiato. De este modo el hombre moderno es una esencia sin hendidura, sin la espacialidad de la fractura.



por la vida y más pleno sentido de las palabras, y en los dos valores del genitivo, el sacrificio *del sujeto*.”<sup>10</sup>

Así, la historia del Occidente, es este Accidente, éste fatal deseo de exponer lo que se cree propio, la vida y el cuerpo, para trascenderlo más allá de la mundanidad finita. Más allá de la angustia diaria del mundo sin sentido en el que nos arrojaron. Algo más allá debe venir a colmar mi deseo, mi voluntad, mi verdad.

El sacrificio de occidente sigue operando al ser y a la razón del mismo, como esencia. Y si bien sobre el sacrificio habrá mucho que decir, lo que logra vislumbrarse en su acto, es su relato que no corresponde sino a un relato mítico, donde mito como lógos, y rito como praxis, se conjugan y se corresponden infinita y necesariamente.

Por ende, el mito puesto en obra comprende el ser como esencia y, si el mito del sacrificio inmanente totalitario es acerca del hombre, el Hombre, así con mayúscula, consiste en traer de nuevo esa esencia.

Pero el cuerpo, tal y como Occidente lo presenta, dice Nancy, no es sino esta certeza desmembrada:

“La angustia, el deseo de ver, de tocar y comer el cuerpo de Dios, de *ser* ese cuerpo y de *no ser sino eso* constituyen el principio de (sin) razón de Occidente. Por esto, el cuerpo, cuerpo, *jamás tuvo ahí lugar, y menos que nunca cuando ahí se lo nombra y se lo convoca*. El cuerpo para nosotros es siempre sacrificado: hostia. (...) Si *hoc est enim corpus meum*, dice algo, es fuera de habla, no es dicho, está escrito — a cuerpo descubierto.”<sup>11</sup>

Lo “descubierto” —desde Nancy— no significa que la intimidad de ese cuerpo deseado es arrancada, y expuesta a un exterior. La finitud del cuerpo que *está ahí, hoc est...*, rompe con el sacrificio. Destroza su sentido y su razón, pues el sacrificio de occidente, o como dirá Nancy, “a la occidental”, para tener sentido necesita negar la finitud.

---

<sup>10</sup> Nancy, J.L., *Un pensamiento finito*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2002, p. 54.

<sup>11</sup> Nancy, J. L., *Corpus*, Arena Libros S.L., Madrid, 2003, p. 11.



¿Y qué es la finitud o, a lo menos, qué designa? “La finitud designa la ‘esencial’ multiplicidad y la ‘esencial’ no-reabsorción del sentido, o del ser. En otros términos, si es como existencia y únicamente como existencia que el ser está en juego, ésta solamente designa el *sin-esencia* del existir.”<sup>12</sup>

He aquí donde el cuerpo inmanente que se quiere infinito opera violentamente, suponiendo quitarle al cuerpo reprimido su esencia, su verdad. En nombre de esa esencia apropiable en el sacrificio, es que el verdugo mata al otro.

### **Sitiar y situar los cuerpos.**

Si hay esencia en lo humano, se puede quitar. *Yo tengo, tú me quitas*. El verdugo, trabaja con la idea de poder erradicar lo humano de ese hombre, de ese otro.

Torturar al otro, someterlo a la vida desnuda y desprovista de toda dignidad, no significa para el torturador otra cosa que el convencimiento de hacer y poder dejar a otro reducido a una molestia, jamás igual a mí. Mero desecho, lo que los nazis llamaron *dreck*.

La operatoria totalitaria nazi sobre los cuerpos, se torna cercana, terriblemente, si se leen las huellas y repercusiones de la lógica de la dictadura con los cuerpos pues, trabajando su monumental obra desde el campo, ésta piensa en la a-figuración de los cuerpos detenidos. La tortura y la vida del campo como borradura corporal, se expresa como la técnica depurada del olvido al que se quiere hacer caer al detenido. Por eso, la “apuesta” del verdugo sobre el cuerpo, descansaba sobre la idea de que en ese cuerpo violentado, electrificado, golpeado, mutilado y desnutrido se esculpía y se destruía a un hombre.

La experiencia que Robert Antelme, sobreviviente a la lógica del campo nazi, nos expone en su texto “La especie humana”<sup>13</sup> dice así: “...los SS me habían sacudido en los morros para que

---

<sup>12</sup> *Un pensamiento finito*, p. 9.

<sup>13</sup> Antelme, R., *La especie humana*, Arena Libros S.L., Madrid, 2001.



*reconociese que aquí yo era ciertamente yo y para meterme esta lógica en el cráneo: que yo era realmente yo y que yo era sin duda esa nada que llevaba ese nombre que habían leído*<sup>14</sup>.

La operatoria inmanente piensa en la degradación extrema de algo que creen poder quitar. Es en nombre de esa “esencia” que experimentan con el cuerpo del otro. Acribillarlo, fusilarlo, como el fin esperado del acto, sólo es, en su terrible actualidad, eso. Porque la muerte del hombre no puede ser su desfiguración y esa es la impotencia del verdugo.

Jean-Luc Nancy, expone tal como Antelme —de toque a toque podríamos decir— la idea de *lo insacrificable*, precisamente como la característica más propia de la existencia expuesta, a saber, que “la existencia no es sacrificable, y no se la puede sacrificar. Uno no puede más que destruirla, o compartirla. Es la existencia insacrificable y finita la que es ofrecida a compartir”.<sup>15</sup>

Cito a Antelme: “*Los SS no pueden mutar nuestra especie. Ellos mismos están encerrados en una misma especie y en una misma historia*”<sup>16</sup>.

Lo que quiere decir no es otra cosa que, la existencia finita, es decir, la vida del cuerpo apresado no puede sino destruirse, pero no deformarse. No puede tomar otra forma en manos de un hombre que se asume mejor, superior o triunfante. Lo que ocurre, en cambio, en el acto fatal de detenerlo y desaparecerlo, no es otra cosa que vivenciar la irreductible humanidad de la que somos parte.

Otra cita de Antelme:

“Si fuésemos a buscar a un SS y le mostrásemos a Jacques, podríamos decirle: ‘Míralo, lo has convertido en este hombre podrido, amarillento, lo que más debe parecerse a lo que piensas que él es por naturaleza: el desecho, el desperdicio, lo habéis conseguido. Pues bien, vamos a decirte lo siguiente, algo que debería dejarlos tiesos si el error pudiese matar: le han permitido convertirse en el más completo de los hombres, en el más seguro de sus poderes, de los recursos de su conciencia y del alcance de sus actos, en el más fuerte... Gozas ante esta ruina que se mantiene en pie ante tus ojos, pero es a ti a quien han estafado, (a ti te han) jodido hasta la medula’”.<sup>17</sup>

---

<sup>14</sup> *La Especie Humana*, p. 25.

<sup>15</sup> *Un pensamiento finito*, p. 81.

<sup>16</sup> *La especie humana*, p. 77.

<sup>17</sup> *Ídem.*, p. 92.



Reitero entonces, que la experimentación con el cuerpo del detenido político no fue nunca la posibilidad de dominar la existencia, de apropiársela. Por ende, los mandatos totalitarios, actúan con la precisa contradicción de su creencia: afirmar la esencia de un cuerpo trascendente hace creer en la inmortalidad de un acto fatal, como lo es el querer erradicar al otro que no es sino mi semejante. He ahí la impotencia del verdugo. Ver en ese cuerpo derrotado, estrujado de dignidad y valor propio, aun ahí un hombre. Uno símil a ese yo inmanente.

La política del terror dictatorial, en la caravana de su sanguinario pasar, dejó la huella imborrable de su temor: el cuerpo del enemigo, del traidor de la patria, del comunista diabólico, del violento marxista, no puedo ser yo mismo, eso delante de mí, en esa sala pútrida, en ese campo fantasmal. No podría ser yo. Por eso se borra, no puede existir en ese enemigo, en el traidor, un igual a mí. La borradura fue desaparecerlos. Tal cual el nazi borraba la miseria del cuerpo judío, creyendo quitarle su humanidad no merecida en la cámara, en el campo, el verdugo en Chile, el milico, el “ceneca”<sup>18</sup> desaparecía el recuerdo de un dolor interno, disfrazado de delincuente, disfrazado de un traidor de una “guerra que la patria no quería pero se hizo necesaria”, parafraseando una de las tantas sentencias de Pinochet<sup>19</sup>.

La certeza de la borradura del cuerpo era precisamente eliminar “el cuerpo del delito”, delito propio, delito inmanente. Sitar los cuerpos y luego situarlos, fue hacer de su acción una borradura. Nunca pasó. Nadie se enteró. El campo se constituye así. Sin huella, sin resto, sin palabra ni imagen.

### **Dolor y peau-sibilidad.**

---

<sup>18</sup> La expresión “ceneca” era utilizada durante la dictadura en Chile para aludir a los miembros de la CNI, sucesora de la DINA, ambas organizaciones de inteligencia de Pinochet, responsables de las filtraciones políticas, asesinatos, secuestros y sesiones de tortura durante el régimen.

<sup>19</sup> La paráfrasis a la que se hace alusión es parte de la idea que recorre el infame texto de Pinochet: *Política, Politiquería y Demagogia*, Editorial Nacimiento, Santiago, 1983.

---





Nancy expuso que lo que resiste al cierre totalitario, inmanentista, es aquella vida expuesta en su finitud, en ese con, en ese “entre” finito. La exposición como *ex-peau-sition*<sup>20</sup>, pone a la piel, al toque como la “palpación” de nuestra irreductible finitud, nuestra corporalidad en el mundo, sentida.

“*Un cuerpo empieza y termina contra otro cuerpo*”, dice Jean-Luc Nancy<sup>21</sup>, haciendo notar que la diferencia entre uno y otro la denota el contorno, la piel del otro que aún cerca de mí, está separado finitamente. En la fosa, el cuerpo no es otra cosa que un montón de escombros. Precisamente, escombros de una construcción asediada, derrumbada y derrotada. Esos ya no son cuerpos, son la materia inerte de una obra puesta en escena. O eso se cree que son. Porque, precisamente, esa será la fuerza de su convicción: el campo opera en la superfluidad de los detenidos, destruyendo cualquier rastro de dignidad humana. Pero a pesar de todo, se dijo, ésta no puede sino destruirse o compartirse, nunca deformarla, quitarla o sacrificarla.

*Hoc est enim...* es esto, creer que se tiene y se quita. Creer que se tiene la posibilidad de olvidarlo, de hacerlo nada. Yo no tengo cuerpo, no tengo nada porque nada se cierra, como la herida del recuerdo que se abre cuando no tengo el cuerpo lejano de los desaparecidos. Yo soy cuerpo, soy carne y soy huesos, soy excremencias y secreciones, soy cuerpo deseante, cuerpo orgásmico, cuerpo autocomplaciente, cuerpo en gritos y alaridos. Soy cuerpo, aunque me quites el cuerpo que crees que tengo.

La desaparición se quiso efectiva, se quiso eficaz, porque veía en la muerte del otro, del enemigo, la caída de una insolencia. La desaparición, entonces será la latencia de la cobardía: desaparecer el *cuerpo del delito* es demostrar que no hubo guerra, que la violencia del autoritarismo no es una guerra, no es una batalla, no es un juego de fuerzas. En la guerra, desde siempre, la victoria se valida en la exposición del derrotado. Los cuerpos se exhiben, los capturados se juzgan.

En la operativa inmanente de la dictadura, la desaparición no quiere la dignidad del enemigo. No hay exhibición, por el contrario, hay ocultamiento. Ocultar el cuerpo fue hacerlo desaparecer en

---

<sup>20</sup> Al igual que la expresión “peau-sibilidad” la *ex-peau-sition*, grafica la exterioridad, el contorno de los cuerpos, en este caso con la idea de una radical exposición.

<sup>21</sup> Nancy, J.L., *58 indicios sobre el cuerpo*, Ediciones La Cebra, Bs. As., 2003, p. 13.



el infinito de un desierto, en lo abisal de un mar, dejarlo anónimo y silente en la indignidad de la fosa.

Los cuerpos detenidos y desaparecidos por la dictadura en Chile, en el umbral de su recuerdo pictórico, resisten a la finitud de su reminiscencia en el último vestigio de su historia: los huesos, las osamentas. Allí, donde todo parece haber desaparecido por medio de la máquina del olvido, por la amnesia técnica de la eficacia dictatorial; allí, donde el silencio acompaña a la soledad de un montón de tierra sin orden, aparece, como la persistencia de un mal: un hueso, un trozo de ropa pegado a cabellos, un rastrojo, dientes. Eso nos muestra, por ejemplo, el hermoso filme de Patricio Guzmán, *Nostalgia de Luz*.

En la inmensidad del desierto más árido del mundo, cada hueso, cada osamenta será, la resistencia de los cuerpos callados. “*Cuerpos –relata Guzmán– que por la salinidad del desierto, se momifican y los objetos permanecen, en ese lugar, como un gran libro abierto de la memoria*”.<sup>22</sup>

Cada vez que duele se recuerda el cuerpo, cada vez que duele, aparece una resistencia a la inmanencia séptica de una política del olvido. La memoria es vida, como la verdad es estremecimiento, es apretón es subida de presión, es desmayo, es desborde emotivo, es alteración nerviosa, es angustia espiritual.

Es el dolor que nos significa no tener descanso, no tener un nombre ni una tierra donde llorar. Es ese el dolor que moviliza, que a veces es rabia, a veces sólo dolor. Es tocar el extremo del silencio del llanto y de la risa, como los momentos sin inscripción, soberanos, en voz de Bataille, dueños de nada. Salidos por la boca en el vaho del estar ahí, buscándoles sin más vuelta que su ausencia, sin redimir nada.

Porque no es mera patética, sino el llanto o la risa contagiosa, como en aquella tríada “tacto-contacto-contagio “que Elias Canetti reconoce en el ligero estremecimiento que todavía sentimos hoy cuando nos damos cuenta de que hemos sido tocados por alguien que no conocemos”<sup>23</sup>, desde

---

<sup>22</sup> Extractos de la narración del documental *Nostalgia de la Luz* (2010) del director chileno Patricio Guzmán.

<sup>23</sup> Citado por Roberto Esposito en *la Conferencia: Comunidad y Violencia*, realizada el 5 de Marzo del 2009, Círculo de Bellas Artes de Madrid.



la nada, inesperada y extraña, como la muerte misma que, ¿acaso no es desde ya lo más extraño a un mí?

Volver a preguntar por ellos, es vivir su distancia. Tocar, palpar el lejano abismo entre una piel que siente y un hueso que se encuentra. Los restos dolorosos de los desaparecidos, el tópicus de la fosa innombrable, rescatan el recuerdo de una resistencia contra la política del terror, contra la máquina del olvido mercantil e individual y contra su propia realidad material.

El dolor del cuerpo resistente, el que recuerda y no olvida, haya la *peau-sibilidad* de su resistencia en el recuerdo de una piel que siente. Los que aún tenemos piel, tenemos cierta la *peau-sibilidad* del recuerdo, tenemos la posibilidad de estremecernos con el recuerdo doloroso de una terrible actualidad.

El dolor, ya no como un sufrimiento sacrificial, sino uno sin remisión que se establezca como el puente con aquello que somos, esa relación deseante del cuerpo presente, que no hace sino traer a la memoria la política del olvido. Aquella memoria que se asume obstinada y necesita volver por medio de la piel del que recuerda, para no olvidar la fragilidad de lo humano. El dolor ha sido nuestra comunicación occidental con el cuerpo: cuerpo de sacrificio, sangre, cicuta y crucifixión; el dolor es la exposición de un cuerpo finito, emergido para el mundo. Pero establecer que no hay algo insaclicable no quiere decir que se niega el dolor ni la muerte. Lo único que establece esto “insaclicable”, es que no hay una apropiación más allá, no hay una voluntad inmanente que de por sí nos empuje. El dolor y la *peau-sibilidad*, no pueden sino ser la resistencia misma, que nos hace responsables de no olvidar, de traer en cada dolorosa verdad la posibilidad de sentir lo terrible que podemos hacernos los unos a los otros. La búsqueda es la *peau-sibilidad* del recuerdo, de entender por medio del hueso, de la osamenta irreducible, fosilizada, que el cuerpo que se quiso olvidado, está en ausencia. No sobrevive a la muerte, no la supera ni quiere hacerlo, sólo se presenta así, fatal, para nosotros en esta exposición que nos toca de piel a piel en cada momento doloroso que nos hace cuerpo.

Porque cuando los cuerpos vienen a memoria, cuando se sienten y se pueden oír las voces de su recuerdo, cabe cantar y reclamar con la boca que los nombra y los reclama, con la voz que los toca y que los canta, como Rubén Blades en *Desapariciones: “¿Adónde van los desaparecidos?”*



*Busca en el agua y en los matorrales. ¿Y por qué es que se desaparecen? Porque no todos somos iguales. ¿Y cuándo vuelve el desaparecido? Cada vez que los trae el pensamiento. ¿Cómo se le habla al desaparecido? Con la emoción apretando por dentro.*

### **Bibliografía**

AGAMBEN, G. *¿Qué es un campo?*, trad. Flavia Costa, en Revista Artefactos Nº2, Bs. As., 1998.

ANTELME, R., *La especie humana*, Arena Libros S. L., Madrid, 2001.

LACOUÉ-LABARTHE, P., NANCY, J. L., *El Mito Nazi*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2002.

NANCY, J. L., *58 indicios sobre el cuerpo*, Ediciones La Cebra, Bs. As., 2003.

———, *Corpus*, Arena Libros S. L., Madrid, 2003.

———, *El sentido del mundo*, La Marca Editora, Bs. As., 2003.

———, *La Comunidad Inoperante*, LOM Ediciones, Santiago, 2002.

———, *Un pensamiento finito*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2002.